

Sergio DEL MOLINO, *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*, Madrid, Turner, 2016, 292 pp. (tres ediciones y nueve reimpressiones en 2017).

1) El autor nace en Madrid en 1979. En la actualidad vive en Zaragoza, donde trabaja como periodista del *Heraldo de Aragón*. Es un escritor consolidado, autor de novelas que le han valido diversos premios literarios. Aquí nos ofrece un ensayo sobre los desequilibrios territoriales de nuestro país, que se ha convertido en un importante éxito de ventas.

Una buena redacción entonada con ritmo y presentada con desenfado es el fundamento esencial de la agradable lectura de la obra. El lector va asimilando datos que pueden parecer anecdóticos, pero que le permiten ir construyendo una trama que probablemente le producirá sensaciones entre la indignación o la simple incomodidad, o bien de estupor o incluso de resignación, y finalmente también de indiferencia.

La certeza sobre el desolador panorama territorial de nuestro país no tiene que traducirse en actitudes radicales, como bien lo prueba el escaso calado de las políticas ensayadas y el tenue nivel de exigencia social en la materia. Así, el desinterés generalizado –que pudiera ser muestra de impotencia- termina explicando el constante incumplimiento de los objetivos de ordenación del territorio que enfáticamente se exhiben en nuestra legislación.

Nadie parece, efectivamente, considerar viables los «principios de equilibrio territorial, demográfico, socioeconómico y ambiental» que se enuncian en el Estatuto de Aragón [arts. 20.c) y 71.8º]. Especialmente difícil resulta asumir ningún planteamiento poblacional para la gran mayoría de municipios en declive, muchos de los cuales no cuentan con ninguna pareja humana en edad de reproducción.

No hay niños en los pueblos, ni sabemos cómo cabría repoblarlos tras contemplar el fracaso de las más diversas iniciativas para instalar nuevas familias en ellos. Los jóvenes escapan de la soledad y la crueldad del mundo rural al igual que lo hicieron, también de jóvenes, los abuelos o los padres de tantos habitantes de nuestras ciudades. Esta emigración, en la actualidad, suele ser menos penosa que la padecida en otras épocas al practicarse por personas con mayor preparación en un ambiente general de más amplias oportunidades.

La variedad, la riqueza, la cultura, pero, sobre todo, las personas están en las ciudades. El derecho a tener vecinos, sobre todo vecinos anónimos que no interfieran en nuestras vidas salvo en caso de necesidad. Vecinos y familiares que nos permitan escoger libremente a nuestras amistades, a nuestros amores y a los eventuales objetos de nuestros rencores, que también se llevan mejor en las urbes.

2) El ensayo se organiza en tres partes subdivididas en capítulos. En la primera se presenta «*el gran trauma*», esto es, el fenómeno de la emigración que ha vaciado el interior de la península. El autor no busca culpables, o al menos no parece hacerlo sistemáticamente, aunque sí identifica hechos, fenómenos y situaciones, repasa argumentos y objetivos en torno a lo que denomina, con gran acierto en la expresión, «*la España vacía*».

La segunda parte se dedica a exponer «*los mitos de la España vacía*», que llevan a configurar percepciones negativas y positivas. En el primer conjunto se incluyen las creencias sobre la concentración de la maldad en las zonas rurales (Casas Viejas en 1933, Puerto Hurraco en 1990, Fago en 2007) o sobre la existencia de comarcas permanentemente desconectadas de la civilización, las «*tribus no contactadas*», a la cabeza de las cuales, en nuestro imaginario colectivo, se han colocado siempre Las Hurdes. En cambio, la visión positiva se refiere a los intentos de redención que simbolizan las «*misiones pedagógicas*» de institucionistas y republicanos, la cartografía romántica de España, que termina exaltando «*la belleza de Maritornes*» y la pervivencia seductora de los carlismos como seña de identidad rural frente a las ciudades.

Finalmente, la tercera parte lleva el enigmático título de «*El orgullo*», con el que parece hacerse referencia a la construcción de «*una patria imaginaria*» integrada por los mitos del pasado de la España vacía. Tal sería el sustituto de la patria española que suplantó el Franquismo. Una patria pues de alcance familiar, es decir, un montón de patrias chicas asumidas muy cachazudamente, sin componentes dramáticos ni peligrosos, al menos de momento.

Todos estos elementos se nos presentan con amenidad, mezclando inteligentemente datos geográficos, históricos, literarios, cinematográficos, etc. Así, la obra comienza con la curiosa «*historia del tenedor*», empleada para hacer una comparación filológica de la insólita denominación española del instrumento, que el autor relaciona con los siglos de abandono de nuestro campo. Encontramos luego la representación de la España vacía en las comedias de Paco Martínez Soria e inmediatamente, por contraste, en la película «*Surcos*», originada en el núcleo duro del falangismo como denuncia del desarraigo derivado de la emigración. Aparecen también el Sr. Cayo y «*Los santos inocentes*» de Delibes, la crítica a la «*lluvia amarilla*» de Llamazares y al Buñuel que de Las Hurdes hace una película, no un documental. Unamuno, Giner, Bécquer, Valle y tantos otros contribuyen, junto con variadas referencias, a facilitar la lectura.

El autor llega incluso a hacer alarde de una pluralidad metodológica que, al parecer, le salvaría de toda posición dogmática:

«Aunque bebo de muchas fuentes documentales, no me debo a ninguna ciencia ni tengo especialización académica. Escribo desde la ignorancia del diletante» (p. 53).

FERNANDO LÓPEZ RAMÓN